

LEA USTED LAS OBRAS DE PÉREZ GALDOS

Una novela con la inédita

LEA USTED LAS OBRAS DE "EDITORIAL CALPE"

POR TIERRAS DE ATIENZA

NUÑO PÉREZ

JOSE ORTEGA MUNILLA

En la clara noche invernal la vulpeja es señora

Aquella noche, la del 7 de enero de mil ochocientos... había sido terriblemente fría. Y como lo fueron poco más o menos las anteriores, el nevado paisaje, los arroyos helados, los chorros de las fuentes convertidos en tirabuzones de plata, impedían estimar la diferencia. Tierra es la atienza en la que el invierno impera por modo absoluto. Así, en el apelmazado caserío que en cuesta se levanta desde la inmortar castillo, no había una techumbre derruido castillo, no había una techumbre por la que no fluyera el humo del hogar, en altas, rectas columnas salomónicas. Sereno el ambiente, despejada la bóveda celeste, llena de millones de hirvientes estrellas, asombraba por la hermosura y espantaba por la hostilidad que el infeliz sin abrigo que temblaba al andar, estaba cierto de que no le sería otorgada ninguna benevolencia de la naturaleza. Eran las noches de Atienza tranquilas y silenciosas. Presto se acostó el vecino de Nuño. Sólo en la oscuridad del sábado se prolongaba la greguería de las tabernas, y acaso sonaban guitarras, cuando no pendencias y luchas de la mocedad sobre los amores o sobre el vino.

—Pues yo, doña Petronilla, de orden del señor alcalde, le traigo, como a todos los vecinos, un paquecillo de estrimonia para que usted lo disponga como le plazca, de suerte que los zorros no se rían más de este pueblo; que ellos y los recaudadores de contribuciones acabarán por dejarnos sin camisa. A los otros vecinos, que no saben manejar estas cosas tan delicadas, ya les dejo yo dispuesto el veneno con un engaño de carnos, y aun se lo escondo en aquellos parajes de las corralizas que mejor me parece. Pero a las personas cultas, como usted, les entrego la «droguilla».

Bien sabía usted manejarla. Entonces doña Petronilla avanzó hacia el Maestrique con paso resuelto. Advinió que entre las ropas y abrigo que la convertían en una especie de tinaja semoviente, había gentezuela juvenil, gracia en la apostura, hermosura en fin. Y como en ese punto cayó sobre los hombros la toquilla de estambre, apareció una cabeza bellísima, cubierta de pelo negro, un perfil gallardo, nariz fina, boca pueñesita.

—Díme, dime ese paquecillo de la «droguilla». Yo lo usaré bien. Yo sabré emplearlo tílamente.

Recibió el paquete, el Maestrique continuó su marcha y doña Petronilla se quedó mirando el horizonte en que el Sol naciente reflejaba sobre las aguas heladas, sobre la nieve blanquísima.

II Augustas decadencias

La casa ante cuya puerta estaba doña Petronilla era de mediano tamaño, con trazas señoriales. En la puerta, dos columnas empujadas en el muro, anunciaban antiguas pretensiones palacianas. Y en el frontis, dentro de un escudo pliumífero, aparecía el lema de una prístina nobleza: «Atienza, en iestas casti borradas: «Labora et impera». Allí vivían, como ya dicho Nuño Pérez de la Puebla y su mujer Petronilla. Nuño, o mejor dicho don Nuño, era un hombre de unos treinta años, hijo de don Desiderio y de doña Jimena, difunta. Estos heredaron de antiguos abuelos pedregales tierras de pan llevar, varios cientos de cabezas de ganado ovino, cuarenta o cincuenta reses bovinas, tres pares de mulas y varios censos sobre otras propiedades. Al morir don Desiderio se había evaporado buena parte de ese caudal, y entre los viejos del hijo único, Nuño, y los descuidos y la ignorancia de la viuda, doña Jimena, concluyó casi el bienestar de un linaje que gozó en otros tiempos, ya que no magnificencia, honor y prestigio, no sólo en la comarca atienza, sino hasta en la capital de la zona.

Don Desiderio era un buen hombre, alto cuando se le trataba de humillar, lírico con los interiores, gustoso de la cartada, amigo de los pobres. Y él contaba a su hijo, siendo éste mozo, que la prosapia de los Pueblos se remontaba a los más antiguos días de la Historia, y hasta pretendía el infeliz que cuando el Cid Campeador, Don Rodrigo de Vivar, estuvo en Atienza, así que partió de la Corte del Rey injusto, un Puebla le asistió y le ayudó, y le guió por los derumbaderos, hasta la sacarie horro y libre con la mesnada prodigiosa a las sendas reales y a las llanuras que llevaban a Soria. Fuera esto verdad o no fuese, indudablemente los Pueblos habían ejercido en Atienza altos derechos señoriales, y llevaban camino de alcanzar los más retumbantes honores cuando ocurrió la maldadada guerra de sucesión en que acabaron los Austrias y empezaron a regir los Borbones. Quiso la maleventura de Atienza que predominase en la comarca la opinión favorable al Archiduque, y como éste fue vencido, sus obligados sufrieron las consecuencias. Ved cómo tantas villas famosas ayan en tiempos de Carlos II, hubieran convertido, al fin del reinado de Felipe V, en censeros de garrucos, en los que sólo quedaban, para recuerdos del pasado brillante, la iglesia y el rollo, la columna a que fueron amarrados con correas, y trucidados, los más rairosos vasallos de la Monarquía antigua.

—Si eso no hubiera sido,—decía don Desiderio Puebla,—hoy estaríamos en el Alcázar del Señor, y tú, hijo mío, vestirías terciopelo, y hubieras andado en las empresas militares, según yo también lo hubiera hecho. Todo pasó. Y esta fiera energía que palpita en mi alma, se hubieran convertido en sucesos famosos. Lo que me enorgullo es que cuides de lo poco que te dejo, y ya que no puedes ser grande en

la Corte, lo seas en tu pueblo, y huayas de los vicios, con lo que te ordeno que seas trabajador. Nada más hermoso que un hijo dalgó vaya con sus yunco a la heredad, y allí enseñe a sus criados el modo de que el surco vaya recto, que se enseñarles a que sean rectos en su conducta de hombres. Cuando yo veo que el gañán lleva la parte de ananucencia al arado, sin mirar la lejanía, donde hay siempre un punto que indica la derecha, imagino que el laborante está borracho; y suele estarlo. Y así no divisa el término de su obra. Vigila, hijo mío de mi alma, tus actos y los de cuantos te rodean, y sé ejemplo en el pueblo en que naciste para que todos te aplaudan y te admiren.

En uno de estos coloquios murió don Desiderio. Era veintiocho años, esquelético, de manos sarmontosas como recias. Iba a la masa todos los días, y en los festivos ocupaba con su anciana consorte y con su heredero el banco que por derecho les correspondía. El sacristán, en la ocasión de rito, daba a besar a los tres la Sacra. El hidalgo ofrecía en la víspera de Difuntos dos canastas llenas de pan para los pobres, y así que en el campariño taberna el empujando, anunciando la salida del cédigo para entregar el manjar de Dios a un moribundo, don Desiderio se cubría con su levitón de color castaño, o con la amplísima capa de pelo de Béjar, según las estaciones, y llevando en su derecha un fardel, donde se quemaba un viejo cirio, iba detrás del portador de la Divinidad.

III Un idilio

Infinitamente habían intentado los padres de Nuño que éste se ocupara en algo provechoso. Siendo niño, le llevaron a un colegio de Sigüenza; pero no se avenía al muchacho con la disciplina del estudio, y así fué necesario prescindir de todo intento que le diera título profesional. Tampoco gustaba de las labores agrícolas, y en fin, diremos que cuanto significara trabajo le era ingrato. El sentía cierta coñezón hidalga, cierto afán de cosas grandes, como si en sus venas ardiera de cuando en cuando el viejo estímulo de los antepasados. Gustaba de que le contaran los hechos de armas de los pasados, famosos Pérez de la Puebla, y oyéndolos de boca de sus padres, se entusiasmaba, y se creía capaz de renovar las crónicas de oro. Mas, realmente, ni él sabía, ni nadie sabía tampoco, de qué modo sería ejecutado el pensamiento.

Para ganar prezo como muchacho, no había otro camino que el ejército, y a Nuño no le gustaba la disciplina ni el obediencia a superiores voluntades. Tal vez, si continuaran los antiguos usos, de que el señor de una villa levantara pendón y juntara a sus vasallos para acudir con el alcaide al Rey mandado, Nuño Pérez de la Puebla se habría acreditado, porque valor no le faltaba, y era fuerte, duro en la marcha, ínete regular y diestro cazador. Verdaderamente se cumplían en él todas las grandes, difíciles ansias. Resulta inútil para las menudas contiendas del nuevo vicio. Y en la holganza, desprovista de ideas, esas razas que aquí y allá aparecen en los pueblos castillos españoles, se envilecen. «¡Pobre Nuño! ¡sístima me da!»

Viniendo a sus padres este sujeto, tras el dolor de la pérdida de la madre a quien adoraba, se enfadó aún más en el vicio torbellino. Abandonó la caza, que ya le fatigaba, porque el alcohol le disminuía el poderío de los músculos. Pasaba buena parte de la noche en la taberna, oyendo contar los sucesos de la villa y de la comarca, jugando a los naipes, y a veces durmiendo sobre el sillón de ana, el codo apoyado en la mesa y el rostro encajado en la mano.

Y así el tiempo corrió. Un día vio al acaso a Petronilla, que acababa de quedar embarazada. Hija de un capitán retirado, don Bernabé, que había quedado la moza sin más bienes de fortuna que una orfanada que no pasaba de once duros mensuales. Ella, sin ser una bellezuela, tenía ciertos encantos. Su rostro, moreno, sonreía los grandes ojos azules, sus dientes con el resplandor de la inteligencia. Vivía sola, sin más amparo ni autoridad defensiva de su doncellez que una vieja criada que iba a casa de la huertana dos veces al día para preparar la comida y barrer las estancias. Petronilla olía masa los días festivos, paseaba por las tardes, cuando eran buenas, en compañía de otras muchachas del lugar, amigas suyas,

y vivía vulgar y prosaicamente, sin esperanzas y sin dolores.

Nuño conocía a esta mujer de toda la vida; pero hasta el momento en que habíamos no se había fijado en ella. Hallóla deseable, y se le ocurrió por vez primera la idea de enamorarla. No había sido Pérez de la Puebla muy arriscado en materia de hembras, y sus aventuras se limitaban a casuales coqueños con mujeres bajas, ninguna de las que interesó su corazón. No transcurrieron muchas semanas sin que se dijera en los corrillos populares que Nuño iba a casarse con la huertana de Hita, y, en efecto, así sucedió.

Petronilla sintió entonces, más que amor a su marido, el anhelo de darle, para ver si podía con él mejor de condición. Le estimuló por todos los medios posibles para que, empleando sus relaciones familiares en la capital de la provincia, consiguiera un destino. Pero Nuño era tímido, vergonzoso, no sabía pedir, y lo aldeano de su trato y su falta de cultura le hacían ser mal recibido de los parientes ricos. Pronto se convenció Petronilla de que Nuño no servía para nada, y ella, que le había aceptado por esposo para elevarle, dignificarle y convertirle en personajillo, perdió las pocas ilusiones que tuviera, y se resignó a la compañía del marido, sin sin hacerle sentir a cada hora su inutilidad y su insignificancia.

Por momentos aumentaba en Nuño la afición a la bebida, y cuando entraba en casa dando traspiés, con el rostro injuriado, la mirada turbia y los labios hielos, Petronilla le dirigía unas cuantas palabras iracundas y fieras, que hubieran podido excitar el deseo de reparación en el hidalgo si éste no careciera por completo de sensibilidad.

No fué ya indiferencia, fué odio lo que sintió la mujer por el marido.

Juntos la rentilla de seis mil reales que percibía por sus miserias fincas Nuño con los escasos ahorros que había hecho Petronilla durante el período de soltería, y orfanada, apenas bastaban a cubrir las atenciones domésticas. Y como buena parte de esos dineros la consumía el hidalgo en sus borracheras, llegó a ser por fin una vida de la purga. Momentos hubo en que Petronilla hubo de apelar al crédito en la abacería, y luego malvendió unas arracadas de plata y chipas de diamantes que había heredado de su madre. Víose sacrificada, escarnecida, víctima de un matrimonio en el que no había intervenido el amor. Ciertamente que Nuño era, por su linaje, uno de los manchecos más importantes de la villa; pero cuánto mejor hubiera sido unirse a un menestral y aun a cualquier labriego honrado.

Por su parte Nuño tampoco sentía el menor afecto por Petronilla. Tres meses después de la boda le era indiferente, y como ya en ese tiempo había progresado en el hábito de la embriaguez, ocurrióle que a todos cuantos se rindían a tal vicio. Lo primero que se evaporó en el alma de esos desdichados es el amor de la hembra. Y como también se habían agotado todos los estímulos de la dignidad, en las ocasiones en que Petronilla le injuriaba llamándole borracho, holgazán y mal marido, él se limitaba a mover la cabeza, metábase en su habitación, y allí se echaba en la cama y poco después dormía como bestia insensible.

IV Un diálogo

Las realidades de la vida hacían que en ciertos momentos Petronilla se aliñase a su triste existencia. Disculpaba entonces la conducta de Nuño. Un hombre joven que no trabaja es natural que decaiga y degenera en el vicio. Y ella añadía en su monólogo: «Pero ¿dónde trabajar? ¿Verdaderamente, aquí no es posible! Ni tiene culpa el infeliz de caer de energía y de entendimiento. Así, en tal cual ocasión se dulcificaba la aspereza de la esposa, e intentaba levantar el ánimo del degenerado con caricias y dulces consejos.

—¿Por qué no vas de casa algún día?

—Es que me canso,—contestaba él.—Y además hay que andar leguas para ir con una preza. Todo lo tienen arrasado.

—¿No quieres que salgamos de paso?

—¿Como siempre estás tan fiero conmigo!

—Por ti me enfado, porque puedes ser más de lo que eres, porque mereces serlo, porque eres el hijo de don Desiderio Pérez de la Puebla, que fué el mejor caballero de esta tierra.

—Son otros tiempos,—concluyó Nuño,—yo ya no soy caballero, ni soy nada. Soy un pobretón y nada más.

—Pero, ¿no has pensado nunca en que así no podemos seguir?

—¿Y qué haremos?

—No lo sé,—exclamaba Petronilla, en cuyo corazón volvía a vibrar el odio.

V La última prueba

Los acreedores obligaron a Nuño a la venta de una de las fincas, que tenía cerca de las Torrenteras de Giraventes. El día en que se firmó la escritura, el frenesí de Petronilla llegó a los últimos espasmos.

Golpéese la cabeza, arrojóse al suelo, en el delirio de la desesperación.

Ella observaba como iban haciéndose el vacío los parientes de Nuño y los amigos que antes les trataban. Los unos comprendían que pronto quedaría el matrimonio reducido a la suprema miseria y empezaban las peticiones de dinero. Poníanse ya en guardia ante esta situación.

Un domingo, al salir de la iglesia, oída la misa mayor, Petronilla se arrojó, según tenía por costumbre, a doña Leocadia Barneuve, tía de Nuño. Era frecuente que, juntas, descendieran a la escalinata del templo y marchasen hasta el domicilio de la señora, a cuya puerta solía dejar a ésta la esposa de Pérez de la Puebla. Ese domingo de referencia, doña Leocadia recibió con Eucha frienda el saludo de Petronilla. Sus palabras fueron breves, pero terminantes.

—Ve que vais de mal en peor. Tu marido anda por ahí borracho a todas horas. Tú no sabes impedirlo; falas a tu obligación de esposa. Lo mejor será que nos tratemos poco, porque a mi me da vergüenza lo que ocurre.

Sintió Petronilla en su alma ira y oprobio. Su orgullo herido, le mandó callar, y se separó para siempre de doña Leocadia, no sin dirigirle una mirada feroz.

Había llegado a la ciudad una sección de topógrafos, que iban a realizar los trabajos del Catastro. La presencia de aquellos geómetras, que eran de los mejores, alegró un poco el tristísimo lugar. Las muchachas se regocijaron con la esperanza de amores y acaso de bodas.

Uno de los recién llegados había un llamado Dámaso López, que tendría unos treinta años de edad, y era arrogante y enamorado. Pronto descubrió en sus paseos por las calles a Petronilla, y la halló guapa, muy a propósito para divertirse el tedio del período que había de estar el forastero en el lugar. Entrérase de las circunstancias de Petronilla y juzgó que no sería imposible conseguirla. Y en la ocasión primera la detuvo, cuando ella salía del camino de la plaza, le arrebató el paño que se veían a los ojos, acompañando las palabras de un mirar de fuego y de un atrevimiento de las manos. Ella se apartó bruscamente, miró de arriba abajo al atrevido, y siguió su marcha con recios pasos.

Una tempestad de odios se desató en todo su ser. La osadía del forastero había acabado de descubrirle toda la inominia de su vida, que parecía que había estado de quien quisiera, porque su marido no inspiraba sino desprecio a todos. Si Nuño fuera un hombre, nadie se atrevería a profanarle en la persona de su compañera. Pero aquel desgraciado se comportaba como un reclamo y un estímulo de los audeces.

Cuando se encontró con Nuño, que dormitaba sobre el techo, envuelto en un capote de monte, le dijo Petronilla:

—Ya ha llegado lo que me tenía que llegar. En tal abandono me tienes, y tan poco vales, que acabas de ofenderme de la manera más inícuca. Un hombre me ha pretendido, acercándoseme en la calle como a una hembra perdidita.

Aún confiaba Petronilla en que esta afrenta despertara en Nuño un impulso de dignidad. No se movió él del lecho, abrió apenas los ojos, volvió a cerrarlos y guardó silencio. Saturado estaba su cerebro de los vapores del vino, perdida la noción de la realidad. Aquello no era un hombre. Era el siervo imbecil del alcohol.

VI Un vaso de agua

La noche siguiente al suceso relatado, pasó Petronilla sentada en una silla cerca del hogar, pero sin preocuparse de cuidar del fuego. El frío era intenso. Ajena a las impresiones de la Naturaleza, cruzadas las manos, echada hacia atrás la cabeza, y/o pasar Petronilla todos los sucesos de su existencia. Una inmensa angustia palpitaaba en su corazón. Intentó rezar y no supo; era como si le hubieran olvidado las paces. Quiso buscar soluciones que, a lo menos, la hiciesen cambiar de itinerario, y no se le ocurrió manera de intentarlo. Muerta, aniquilada, destruida, como sierta, en la nulidad de su cerebro sólo palpitaaba una idea: la venganza. Ella había sido privada de toda felicidad por el hombre a quien, equivocadamente, se entregó. Dábase asco, inspirable repugnancia aquel hidalgo misero, en el que ya no quedaba ni un leve gesto de dignidad.

Nuño estaba en la taberna, como siempre. El pasaba el día durmiendo y la noche en la embriaguez. Comenzaba a clarear cuando entró Nuño. Ella le oyó buscar con la llave la cerradura, golpeó torpemente aquí y allá. Al fin la convulsiva mano acertó. Penetró tambaleándose, y dejó la puerta abierta. Llegó a la estancia en que se hallaba Petronilla, dejóse caer sobre un viejo sofá que estaba cerca de la mesa en que el matrimonio solía comer. Quitóse Nuño el sombrero, que rodó por el suelo, y con voz ronca gritó: —¡Agua... dame agua... tengo mucha sed.

Estas palabras produjeron en la hembra una impresión extraordinaria, como si nunca la hubiera oído, aunque disri-